

CONVIVENCIA · COMUNIDAD DE VIDA FUENTE DE GRACIA Y GRUPOS DE ORACIÓN

Dejar a Dios ser Dios

Abrirle a Jesús todas las puertas del corazón y entregarle, cada día, las riendas de la vida.

Enseñanza de **Margot** Convivencia, octubre de 2026 Duración aprox. **16 min**

EN UNA FRASE

> *Jesús, hoy te doy las riendas de todo, de mi vida: sé tú el Señor, porque si no, todo es un peso.*
>
> Idea central de la enseñanza

ESQUEMA

El recorrido de la enseñanza

1 Amados y confiados

- El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
- «Te amo como eres, así como estás»
- No es un Dios castigador: corrige y dice «levántate»
- Ser humilde: «Soy pobre, pero me fío de ti»

2 Estoy a la puerta y llamo

- ¿Le vas a abrir? ¿Te fías?
- Abrirle también el trastero que ni tú quieres ver
- No basta decir «Señor, Señor»: dejar a Dios ser Dios

3
Entregar cada día

- «Señor, te entrego mi familia, este sufrimiento, mi relación»
- Llevamos el peso porque no dejamos a Dios ser Dios
- «Que tú seas el Dios de mi comunidad, no yo»

4
¿Quién manda aquí?

- Nos ponemos en el lugar de Dios: «¿Y yo?»
- La manzana: orgullo y soberbia de querer ser el señor
- Los golpes de la vida nos bajan a la realidad

5
Ven, Señor, toma el señorío

- Amarle con todo el corazón, con todo el ser
- Todo lo que hago es para ti, y la gloria también
- Sé tú el Señor de nuestro matrimonio: somos uno en ti

6
Cambio de mente y riendas

- Conversión es metanoia: dejar de pensar como el mundo
- Sin el Señor, familia, trabajo y vida son un peso
- Al nombre de Jesús toda rodilla se doble
- «Jesús, hoy te doy las riendas de todo»

DESARROLLO

Lo más importante, explicado

Un amor que lo sabe todo

Margot empieza por lo que se había dicho con el compendio: el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Es el amor de un Padre que nos quiere tanto que mandó a su único Hijo para salvarnos, y que nos dice: «Te amo como eres, así como estás». Ese mismo amor es el que nos hace ver todo aquello que nos rompe.

Ante la pregunta del salmo, «¿quién puede entrar en tu recinto santo?», nos sale lo de siempre: «Señor, mira mi pecado, no puedo amar, estoy así». Somos frágiles, y el pecado nos lo hace ver. Pero ahí viene el Señor y responde: te conozco y te amo, sé lo que has hecho, lo que piensas, lo que hay roto en tu corazón y lo que has sufrido, «pero estoy aquí».

Fiarse para poder abrir

No le puedo decir a alguien que entre en mi corazón si no me fío de él. Por eso Margot insiste en la confianza. Dios no es el Dios castigador que a veces tenemos en la cabeza, y no te va a violentar. Te ama, y a veces te corrige, porque te muestra lo que rompe contigo y con quien tienes al lado, y te dice: «Vamos, levántate, que yo te ayudo».

Lo que se nos pide es humildad: «Señor, yo soy pobre, pero me fío de ti. Tengo la confianza de que tú me amas y de que todo va a terminar bien, porque estás a mi lado». Desde ahí, sabiendo que Dios me ama y que quiero amarle, se puede volver a ese orden de amor del que hablaba Paco y decirle: «Señor, entra en mí, ven a casa».

Estoy a la puerta y llamo

El Apocalipsis lo dice así: «Estoy a la puerta y llamo». Jesús está a la puerta de tu corazón y te pregunta si le vas a abrir, si te fías. Y no solo la puerta de entrada, también esas que no le has abierto a nadie: ese trastero del corazón y de la vida que ni tú quieres ver. Él puede sanar y puede cambiar, pero le tienes que abrir.

A veces decimos «Señor, yo soy tuya», pero enseguida añadimos un «pero», y no dejamos que Dios sea Dios. La Palabra es clara: no todo el que dice «Señor, Señor», sino el que hace la voluntad del Padre. Por eso Margot propone un ejercicio que ella misma necesita hacer todos los días: entregarle a Dios, una por una, las cosas que pesan.

«Señor, te entrego mi familia, te entrego este sufrimiento que tengo en este momento, este acontecimiento que me pesa. Te entrego mi relación con mi esposo, con mi esposa, con las personas con las que convivo. Te entrego mi comunidad: que tú seas el Dios de mi comunidad, no yo». Muchas veces llevamos nosotros el peso porque no dejamos a Dios ser Dios.

¿Quién manda aquí?

El problema es que nos ponemos en el lugar de Dios. Margot lo cuenta con lo que pasa en las iglesias y parroquias: llega alguien nuevo y lo hace mejor, el sacerdote le encarga algo, viene el obispo, y salta el «¿Y yo?». Las preguntas son directas: ¿quién es, yo o tú? ¿Dónde estás poniendo a Dios y dónde te estás poniendo tú?

Es el primer pecado, el de la manzana que recordaba Paco: el orgullo y la soberbia. Yo quiero ser el rey, el señor de mi vida, del grupo, de mi trabajo y de mi familia; que me vean, porque aquí quien manda soy yo. Y gracias a los golpes que nos da la vida bajamos y nos damos cuenta de la realidad.

Frente a eso está el Shemá: amar al Señor con todo el corazón y con todo el ser. Y brota la oración: «Ven, Señor, hasta lo más profundo, toma el señorío de mi vida, sé señor de mi voluntad». Si lo hago para él, la gloria es para él y no para mí. También el matrimonio: «Sé tú el Señor de nuestro matrimonio», porque somos uno en él.

Cuando todo es un peso

Si Dios es el Señor de toda mi vida, de lo que hago y de lo que pienso, eso es la conversión: metanoia, un cambio de mente, porque a menudo seguimos pensando como cuando estábamos en el mundo. El mayor pecado es la idolatría, tener otros dioses, y a veces el ídolo somos nosotros. Por eso pide verle a él en el otro y servirle donde, cuando y como él quiera.

Margot comparte su propio pecado, que vio hablando con el sacerdote: a veces no agradece a Dios las cosas y se queja mucho de su trabajo en vez de dar gracias. Si todo es para su gloria, el trabajo también. Si no es él quien lleva, todo es un peso: la familia, el trabajo, la vida. Y cuando es así, es que no estamos con el Señor.

Dejar a Dios ser Dios es el santo abandono, lo que más cuesta: que él cambie mi pensamiento y mi sentimiento por los suyos, y mirar el termómetro cuando me busco a mí misma o me molesta que a otra le den las gracias. Termina con Filipenses: al nombre de Jesús toda rodilla se doble, y nos invita a darle las riendas de todo, nombrando cada cosa.

PALABRA DE DIOS

Textos que sostienen la enseñanza

Romanos 5,5

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Salmo 24,3-4

¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón.

Apocalipsis 3,20

Mira, estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.

Mateo 7,21

No todo el que me dice «Señor, Señor» entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

Deuteronomio 6,4-5

Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Filipenses 2,10-11

Al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

PARA LLEVAR A CASA

Pasos concretos

1. Haz cada día el ejercicio de entrega: «Señor, te entrego mi familia, este sufrimiento, mi comunidad».
2. Abre a Jesús una puerta de tu trastero que no le hayas abierto a nadie.
3. Cuando te salga el «¿Y yo?», pregúntate: ¿quién manda aquí, dónde estoy poniendo a Dios?
4. Cuando la familia o el trabajo te pesen, díselo al Señor y deja que él lo lleve.

5 Cambia una queja sobre tu trabajo por una acción de gracias, haciéndolo para su gloria.

6 Proclama desde lo más profundo «Jesucristo es el Señor» y nómbrale cada cosa cuyas riendas le das.

PARA ORAR

Jesús, hoy te doy las riendas de todo, de mi vida. De mi mente y de mi cuerpo, que vaya donde tú quieras, no donde yo quiera. Que todos mis actos sean tuyos, que mi mirada sea la tuya, que mis sentimientos sean los tuyos; que mi matrimonio, mis hijos y mis amistades sean tuyos. Sé tú el Señor. Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. Amén.

Resumen elaborado a partir de la grabación de la convivencia (05 - Margot - El señorío de Jesús.mp3).

Comunidad de Vida Fuente de Gracia · cvfuentedegracia.com